

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO SUJETO HISTÓRICO

El encuentro No al ALCA-Otra América es Posible ha devenido tradición y se ha insertado de manera estratégica dentro del pacto del *nuevo sujeto histórico*. Podemos situar los orígenes de este proceso a finales de la década del ochenta; 25 años después del Consenso de Washington, y 10 después de la caída del Muro de Berlín.

Tal paso fue cimentado por varias iniciativas: el PPXXI (People's Power 21) en Asia, el encuentro "intergaláctico" de los Zapatistas en Chiapas, y el Otro Davos, que reunió al principio de 1999 varios movimientos sociales de cuatro continentes en Zúrich y en Davos, la misma semana que el Foro Económico Mundial.

Todo eso acarrió, por una parte, la cadena de protestas sistemáticas contra los centros de poder global (OMC, Banco Mundial, FMI, G8, Cumbre Europea, Cumbre de las Américas), y, por otra, los Foros Sociales mundiales, continentales, nacionales y temáticos, que constituyen espacios de convergencia para movimientos y organizaciones que luchan contra el neoliberalismo. Los movimientos sociales desempeñaron un papel central en este proceso. Se trata ahora de esbozar el panorama general de la marcha de los acontecimientos.

I. ¿Por qué un nuevo sujeto histórico?

La historia de la humanidad se caracteriza por una multiplicidad de sujetos colectivos portadores de los valores de justicia e igualdad de derechos, actores principales en protestas y luchas. Recordemos, por ejemplo, las rebeliones de los esclavos, el enfrentamiento contra las invasiones en África y Asia, las luchas campesinas de la Edad Media en Europa, los numerosos actos de resistencia de los pueblos autóctonos de América, los movimientos religiosos de protesta social en Brasil, Sudán, China, etcétera.

Un salto histórico tiene lugar cuando el capitalismo construye, después de cuatro siglos de existencia, las bases materiales de su reproducción: la división del trabajo y la industrialización. Nace el proletariado como sujeto potencial, a partir de la contradicción entre capital y trabajo. Los trabajadores están supeditados al capital dentro del proceso mismo de la producción, lo que causa que la clase obrera sea totalmente absorbida y a la vez determinada por el capital. Es lo que Carlos Marx llamó la subsunción real del trabajo por el capital.

Al surgir en el seno mismo de las luchas, la nueva clase se transformó en sujeto histórico; pasó de ser “una clase en sí a una clase para sí”. No resultaba el único sujeto, pero sí el sujeto histórico, es decir, el instrumento principal de la lucha de la humanidad por la emancipación, determinado por el propio papel del capitalismo. Este último no se situaba solamente en el terreno de la economía, sino también orientaba la configuración del Estado-nación, las conquistas coloniales, las guerras mundiales, sin hablar de su papel como vehículo privilegiado de la modernidad. Evidentemente, la historia de la clase obrera como sujeto histórico no ha sido lineal: incluye el paso de movimiento a partido político, y del plano nacional al plano internacional, pero también, éxitos y fracasos, victorias y recuperaciones.

Hoy día, el sujeto social se amplifica. El capitalismo realiza un nuevo salto. Las nuevas tecnologías extienden la base material de su reproducción: la informática y la comunicación, que le dan una dimensión realmente global. El capital necesita una acumulación acelerada para poder responder al tamaño de las inversiones en tecnologías cada vez más sofisticadas, a fin de cubrir los gastos de una concentración creciente y enfrentar las exigencias del capital financiero, que después de la flotación del dólar en 1971 se transformó masivamente en capital especulativo.

Por estas razones, el conjunto de los actores del sistema capitalista combatieron tanto el keynesianismo y sus pactos sociales entre capital, trabajo y Estado, el desarrollo nacional del Sur (el modelo de Bandung, según Samir Amin), el desarrollismo cepalino (en América Latina) y los regímenes socialistas. Empezó la fase neoliberal del desarrollo del capitalismo, llamada también el Consenso de Washington. Esta estrategia se tradujo en una doble ofensiva contra el trabajo (disminución del salario real, desregulación, deslocalización) y contra el Estado (privatizaciones). Hoy asistimos también a una búsqueda de nuevas fronteras para la acu-

mulación, frente a las crisis tanto del capital productivo como del capital financiero: la agricultura campesina tiene que convertirse en una agricultura productivista capitalista, los servicios públicos deben pasar al sector privado y la biodiversidad debe dar origen a nuevas fuentes de energía y de materia prima.

El resultado es que ahora todos los grupos humanos, sin excepción, están sometidos a la ley del valor: no solamente la clase obrera asalariada (subsunción real), sino también los pueblos autóctonos, las mujeres, los sectores informales, los pequeños campesinos; bajo otros mecanismos, financieros (precio de las materias primas o de los productos agrícolas, servicio de la deuda externa, paraísos fiscales, etc.) o jurídicos (las normas del FMI, del Banco Mundial de la OMC), lo que significa una subsunción formal.

Otro resultado es el hecho de que el carácter destructor del capitalismo (según la expresión de Schumpeter) supera su carácter creador (de bienes y servicios). Más que nunca, el capitalismo destruye, como lo notaba hace casi más de un siglo y medio Carlos Marx, las dos fuentes de su riqueza: la naturaleza y el ser humano. En verdad, hoy la destrucción ambiental afecta a todos y la ley del valor incluye a todos. La mercantilización domina casi la totalidad de las relaciones sociales, en campos cada vez más numerosos como el de la salud, la educación, la cultura, el deporte o la religión.

Además, la lógica capitalista tiene su institucionalidad. No olvidemos primero que se trata de una lógica y no de un complot de algunos actores económicos (bastaría en ese caso con reformarlos y corregir abusos y excesos). Recuerdo un empresario de Santo Domingo, testigo de Jehová, que decía a propósito de sus obreros, que amaba con profundo sentimiento cristiano: “llamo a mis trabajadores magos, porque no sé cómo pueden vivir con el salario que les doy”. El cambio exige una acción estructural, globalizada, de actores determinados con agendas precisas.

El capitalismo globalizado tiene sus instituciones (la OMC, el Banco Mundial, el FMI, los bancos regionales) y también sus aparatos ideológicos (medios de comunicación social cada vez más concentrados en pocas manos). Finalmente, goza del poder de un imperio: los Estados Unidos. El dólar de este país es la moneda internacional. Los Estados Unidos tienen el derecho único al veto en el Banco Mundial y en el FMI, y un veto compartido en el Consejo de Seguridad. Este país conserva casi un

monopolio en el campo militar, con dominio sobre la OTAN, y la capacidad de declarar guerras preventivas. No duda en intervenir militarmente en Iraq o Afganistán para controlar las fuentes de energía. Sus bases militares se extienden por todo el mundo y el gobierno se atribuye la misión de reprimir los actos de resistencia en el mundo entero, sin dudar en utilizar la tortura y el terrorismo. Sin embargo, el Imperio tiene sus debilidades. La naturaleza cobra venganza, la oposición antimperialista es hoy mundial. Otras señales de debilidad permiten a Imanuel Wallenstein pensar en lo que él llama “el largo siglo xx”, dominado por el capitalismo, que podría encontrar su fin en la mitad del presente siglo.

Por todas estas razones, el nuevo sujeto histórico abarca al conjunto de los grupos sociales sometidos, tanto los realmente sometidos (representados por los llamados “antiguos movimientos sociales”) como los formalmente sometidos (“nuevos movimientos sociales”).

El nuevo sujeto histórico a construir ha de ser popular y plural, es decir, constituido por una multiplicidad de actores y no por la “multitud” de la que hablan Hardt y Negri. Dicho concepto es vago y peligroso en tanto resulta desmovilizador. La clase obrera mantendrá un papel importante, pero compartido. Este sujeto será democrático, no solamente a causa de su meta, sino por el proceso mismo de su construcción. Será multipolar en los varios continentes y en las diversas regiones del mundo. Se tratará de un sujeto en el sentido pleno de la palabra, incluyendo la subjetividad redescubierta, abarcando a todos los seres humanos, erigiendo a la humanidad como sujeto real, como se observa en el libro *El sujeto y la ley*, de Franz Hinkelammert, laureado con el Premio Libertador. El nuevo sujeto histórico debe ser capaz de actuar sobre la realidad, a la vez múltiple y global, con el sentido de urgencia que precisan el genocidio y el ecocidio contemporáneo.

II. Los movimientos sociales

Los movimientos sociales son el fruto de contradicciones, hoy día globalizadas. Para ser verdaderos actores colectivos deben mantener, según Alain Touraine, un sentido de la historicidad (situarse en el tiempo), una visión de la totalidad del campo dentro del cual se insertan, una definición clara del adversario y una organización. Son más que una sim-

ple revuelta (las *jacqueries* campesinas), más que un grupo de intereses (Cámara de Comercio), más que una iniciativa autónoma del Estado (ONG).

Los movimientos nacen de la percepción de determinados objetivos como metas para la acción, pero para que estos perduren en el tiempo necesitan un proceso de institucionalización. Se crean roles indispensables para su reproducción social. Así nace una continua relación dialéctica entre metas y organización, con el peligro de que domine la lógica de la reproducción sobre las exigencias de los objetivos. Hay un infinito número de ejemplos de esta relación dialéctica a lo largo de la historia.

De esta manera, el cristianismo nació, como lo dice el teólogo argentino Ruben Dri, como “el movimiento de Jesús”, expresión religiosa de protesta social, peligrosa para el Imperio Romano y asimismo reprimida por este. Se transformó por su inserción en la sociedad romana, en una institución eclesiástica, siguiendo el modelo de la organización política, centralizada, vertical y a menudo aliada con los poderes de la opresión. El peso institucional no eliminó el espíritu, pero introdujo una contradicción permanente. El Concilio Vaticano II constituyó un esfuerzo por restablecer el predominio de los valores del mensaje evangélico sobre el carácter institucional, pero este último fue bastante recuperado en los años siguientes al darse una corriente de restauración.

Otro ejemplo es el caso de muchos sindicatos obreros y partidos de izquierda. Fueron iniciativas de los trabajadores o de las masas populares inmersas en sus luchas. Con el tiempo se transformaron en burocracias al definir sus tareas solamente en términos defensivos, es decir, en función de la agenda del adversario y no del proyecto de transformación radical del sistema. En el caso particular de los partidos políticos, es la lógica electoral la que predomina sobre el objetivo original y la que define las prácticas, lo que significa una lógica de reproducción y no una perspectiva de cambio profundo (revolucionario). Esto no impide la presencia de muchos militantes auténticos en estas organizaciones, pero significa que están encerrados en una lógica que los supera.

Sin embargo, la realidad social no está predeterminada, y es posible actuar sobre los procesos colectivos. Para que los movimientos sociales estén en posición de construir el nuevo sujeto social es preciso dos condiciones preliminares. En primer lugar, tener la capacidad de una crítica interna orientada a institucionalizar los cambios y asegurar una referencia

permanente a los objetivos. En segundo lugar, captar los desafíos de la globalización, que a la vez son generales y específicos del campo de cada movimiento (obrero, campesino, de mujeres, populares, de pueblos autóctonos, de juventud; en resumen, de todos los que son víctimas del neoliberalismo globalizado).

Pero existen también otras exigencias. Los movimientos sociales que se definen como sociedad civil tienen que precisar que se trata de la sociedad civil de abajo, recuperando así el concepto de Gramsci que considera esta como el espacio de las luchas sociales. Eso impide caer en la trampa de la ofensiva semántica de los grupos dominantes (por ejemplo, el Banco Mundial) para los cuales ampliar el espacio de la sociedad civil significa restringir el lugar del Estado, o también en la ingenuidad de muchas ONG para las cuales la sociedad civil es el conjunto de todos los que quieren el bien de la humanidad. En el plano global, la sociedad civil de arriba se reúne en Davos y la sociedad civil de abajo en Porto Alegre.

Otra condición para la conformación del nuevo sujeto histórico es la construcción del vínculo con un campo político renovado. En los primeros tiempos de los Foros Sociales había un verdadero miedo a los órganos políticos, en parte por razones justas: rechazo a la instrumentalización por necesidades electorales o como simple herramienta de los partidos en el poder, y en cierta medida por una actitud antiestatal, especialmente en ciertas ONG. De ahí, el éxito de las tesis de John Holloway, quien se cuestiona cómo es posible cambiar la sociedad sin tomar el poder. Si se trata de afirmar que la transformación social exige mucho más que la toma del poder político formal, ejecutivo o legislativo, esta perspectiva es plenamente aceptable, pero si lo que significa es que es posible realizar cambios fundamentales como una reforma agraria o una campaña de alfabetización sin el ejercicio del poder, resulta una total ilusión.

Así, los movimientos sociales deben contribuir a la renovación del escenario político, como lo indica muy bien Isabel Rauber en su libro *Sujetos políticos*. La pérdida de credibilidad de los partidos políticos es una realidad mundial, y es urgente encontrar la manera de realizar una reconstrucción del campo. Un ejemplo interesante es el de la República Democrática del Congo (Kinshasa), donde los movimientos y organizaciones de base se movilizaron para la organización de las elecciones de julio de 2006. Después de 40 años de dictadura y guerras (con un saldo

de más de tres millones de víctimas en los últimos cinco años), las fuerzas populares correspondientes a la base de la población, a pesar de todos los esfuerzos de fragmentación del país con el objetivo de controlar más fácilmente los recursos naturales, afirmaron la necesidad de defender la integridad de la nación y salvaron esta última de su desmantelamiento. Por otra parte, están creando formas de democracia participativa, conjuntamente con la democracia representativa. Miles de organizaciones locales, de mujeres, de campesinos, de pequeños comerciantes, de jóvenes, de comunidades cristianas católicas y protestantes, se movilizaron para presentar candidatos, ligados por un pacto a las comunidades (portavoces y no representantes, como dice la Ley de Consejos Comunales de Venezuela), a nivel local y provincial, algunos a nivel nacional, pero sin candidato a la presidencia, porque se considera que primero debe consolidarse el proceso desde abajo. Se trata de una verdadera reconstrucción de un escenario político, casi completamente destruido por las prácticas (corrupción y tribalismo) de los partidos existentes.

Finalmente, será muy importante para los movimientos sociales hallar la manera de aglutinar las numerosas iniciativas populares locales que no llegan a transformarse en movimientos organizados, a pesar de que representan una parte significativa de las resistencias (a nivel de pueblos o de regiones, contra una represa, contra la privatización del agua, la electricidad, la salud, contra la entrega de selvas a empresas transnacionales, etc.). Existen ejemplos, como Monlar, en Sri Lanka, el cual constituye una organización que lucha por la reforma agraria, y que, además de ser un movimiento campesino nacional, agrupa a más de 100 iniciativas locales. Esta organización acumuló una fuerza tal que fue capaz de actuar a nivel de país, como órgano de protesta (en manifestaciones nacionales) y también de diálogo y de confrontación con el gobierno y con el Banco Mundial.

III. ¿Cómo construir el nuevo sujeto histórico?

Varios pasos son necesarios para producir el nuevo sujeto histórico.

La primera condición es elaborar una conciencia colectiva basada en el análisis de la realidad y la ética. En cuanto al análisis, se trata de utilizar instrumentos capaces de estudiar los mecanismos de funcionamiento de

la sociedad y de entender sus lógicas, con criterios que permitan distinguir efectos y causas, discursos y prácticas. No se trata de cualquier tipo de análisis, sino de usar el aparato teórico crítico más adecuado para responder al reclamo de los de abajo. Esto exige un alto rigor metodológico y una apertura a todas las hipótesis útiles para este fin. La tendencia a favor de los oprimidos es un paso precientífico e ideológico, decisivo en la elección del tipo de análisis; sin embargo, este último pertenece al orden científico, sin concesión posible; un saber nuevo que contribuirá a crear la conciencia colectiva.

Tomemos un ejemplo contemporáneo. Se habla mucho de los Objetivos del Milenio, decididos por los jefes de Estado en Nueva York en el año 2000. ¿Quién podría estar en contra de la eliminación de la pobreza y de la miseria (pobreza absoluta), y en contra del desarrollo? Esta fue la causa de la unanimidad. Además del hecho de que el objetivo para el año 2015 no es más que reducir a la mitad la extrema pobreza, lo que significa que en dicho año todavía existirán en el mundo más de 800 millones de pobres (lo que ya es una vergüenza), todo indica que será muy difícil lograr las metas previstas. La razón es que no se criticó la lógica fundamental del tipo de desarrollo que favorece solo a un 20 % de la población de los países del Sur. Esta minoría crece de manera espectacular, formando una base de consumo apreciable para el capital, acentuando la apariencia de una cierta riqueza. Al mismo tiempo, las diferencias sociales aumentan. Para entender esta contradicción es preciso criticar el concepto mismo del desarrollo, del que dependen los criterios adoptados para definir los Objetivos del Milenio. No entran en la definición actual elementos cualitativos como el bienestar, la igualdad, la soberanía alimentaria y otros más. Es por eso que Martha Harnecker en el Centro Miranda de Caracas trabaja en la creación de herramientas analíticas para medir los criterios del desarrollo. De hecho, los conceptos utilizados por las Naciones Unidas son los propios del mercado y no los referentes a la vida de los seres humanos.

El segundo elemento que contribuye a la construcción de una conciencia colectiva es la ética. No se trata de una serie de normas elaboradas en abstracto, sino de una construcción constante por parte del conjunto de actores sociales con relación a la dignidad humana y al bien de todos. Las definiciones concretas pueden cambiar según los lugares y las épocas; y tratándose de la realidad globalizada, la perspectiva ética

tendrá que ser elaborada por las voces del conjunto de las tradiciones culturales. En eso radica el concepto real de los derechos humanos. La ética en este sentido no es una imposición dogmática, sino una obra colectiva que tiene sus referencias en la defensa de la humanidad.

Podemos decir que el logro principal de los Foros Sociales, como espacios de convergencia de movimientos y organizaciones populares, ha sido la elaboración progresiva de una conciencia colectiva con varios niveles de análisis y de comprensión, y con una ética de protesta contra todo tipo de injusticia y desigualdad y, al mismo tiempo, de construcción social democrática de “un otro mundo posible”. La existencia de los Foros es en sí misma un hecho político, además de sus muchos otros logros, como la constitución de redes, el intercambio de alternativas, el funcionamiento en su seno de la Asamblea de los movimientos sociales, y la contribución de intelectuales comprometidos.

Después de la elaboración de una conciencia colectiva, el siguiente paso necesario es la movilización de los actores plurales, populares, democráticos y multipolares. En este punto nos encontramos con el aspecto subjetivo de la acción. Los actores humanos son seres completos y no actúan solamente en función de la racionalidad de las lógicas sociales. El compromiso es un acto social caracterizado por un elemento afectivo fuerte y aún central. De ahí la importancia de la cultura como conjunto de representaciones de la realidad, y también de los innumerables canales para su difusión, como es el arte con sus manifestaciones (la música, el teatro, la literatura, la danza, etc.). La cultura es una meta, pero es también un medio de emancipación humana.

Lo mismo se puede decir del papel potencial de las religiones, donde se encuentran referencias existenciales humanas fundamentales como la vida, la muerte, en relación con una fe que se puede compartir o no, pero que no se puede ignorar. Eso fue un error grave de un cierto tipo de socialismo. El potencial liberador religioso es real. Además, las religiones pueden aportar una espiritualidad y una ética colectiva y personal indispensables para la reconstrucción social.

El tercer elemento está constituido por las estrategias para lograr los tres niveles de alternativas. El primero es la utopía, en el sentido de lo que no existe hoy, pero que puede ser realidad mañana, es decir, una utopía no ilusoria sino necesaria, como decía el filósofo francés Paul Riquieur. ¿Qué tipo de sociedad queremos? ¿Cómo definir el postcapitalismo o el

socialismo? La utopía también es una construcción colectiva y permanente, no una cosa que viene del cielo. Necesita para su cumplimiento una acción a largo plazo: cambiar un modo de producción no se hace con una revolución política, aun si ella puede significar el inicio de un proceso. El capitalismo demoró cuatro siglos en construir las bases materiales de su reproducción: la división del trabajo y la industrialización. Los cambios culturales que son parte esencial del proceso tienen un ritmo diferente al de las transformaciones políticas y económicas.

Los otros dos niveles, el mediano y el corto plazos, dependen de las coyunturas, pero deben ser el objeto de estrategias concertadas y realizadas por diversos actores sociales en común. Son el espacio para las alianzas. Sin embargo, no es la simple suma de alternativas en los sectores económicos, sociales, culturales, ecológicos, políticos, etc. lo que permitirá salir adelante a un nuevo sujeto histórico. Se necesita coherencia. Esta última también será una obra colectiva y no el resultado de un monopolio del saber y del conocimiento dominado por una vanguardia depositaria de la verdad. Será un proceso constante y no un dogma.

Desde este punto de vista es importante subrayar el carácter indispensable de algunos actores colectivos estratégicos, aún parciales, pero que agrupan a un conjunto de actores sociales diversos dentro de una iniciativa significante en relación con la dimensión utópica del proyecto global. Felizmente existen varios ejemplos en este sentido, de los cuales recordamos dos.

La campaña contra el ALCA reunió a muchos movimientos y grupos sociales, desde los sindicatos hasta los campesinos, pasando por las mujeres y los indígenas. ONG de diversas índoles se unieron a la iniciativa. En algunos países Iglesias tomaron posición contra el tratado. Se utilizaron métodos de acción muy variados, incluyendo referendos populares que recogieron millones de firmas.

Otro ejemplo es en Sri Lanka el plan alternativo popular de reconstrucción, después del *tsunami*. El plan oficial administrado por el Banco Mundial preveía esencialmente el desarrollo del turismo internacional y no respondía a las necesidades básicas de la población mayoritaria. Era la manera de acelerar la política neoliberal de alcance mundial. En oposición al plan gubernamental y con el objetivo de proponer soluciones alternativas se constituyó una amplia alianza de movimientos y organizaciones sociales, incluidas instituciones budistas y cristianas.

Frente a la necesidad de una perspectiva de acción a nivel mundial, se tomaron dos iniciativas complementarias: la red *En Defensa de la Humanidad*, fundada en México bajo la impulsión de Pablo González Casanova y que tiene nexos en varios países, especialmente latinoamericanos, y el *Llamamiento de Bamako*, promovido por el Foro Mundial de Alternativas (iniciado en Lovaina la Nueva en 1996, en ocasión del XX aniversario del Centro Tricontinental, y fundado oficialmente en El Cairo al año siguiente), el Foro del Tercer Mundo (Dakar), Enda (ONG africana), y el Foro Social de Mali. *En Defensa de la Humanidad* propuso la constitución de una promotora destinada a reunir y proponer acciones comunes y el *Llamamiento de Bamako* definió 10 temas para el análisis y la proposición de actores colectivos y estrategias, inspirándose en gran medida en el *Manifiesto de Porto Alegre*, elaborado por un grupo de intelectuales durante el Foro Social Mundial de 2005. Estas dos iniciativas complementan el trabajo de la Asamblea de Movimientos que en el marco de cada Foro elabora un documento y propone campañas (como la manifestación contra la guerra en Iraq, que en 2003 reunió a más de 15 millones de personas en 600 ciudades del mundo).

Finalmente, dentro de la perspectiva general se necesitan victorias parciales pero significativas. Mantener la acción, sostener la motivación, exige resultados. No se precisa de un logro cualquiera, sino del tipo de los que movilizan varios actores sociales en una acción común, sobre objetivos relacionados con una visión de conjunto y de dimensión global. Hay también en este aspecto varios ejemplos importantes. De nuevo se puede citar la campaña latinoamericana contra el ALCA. Otros ejemplos son, en Europa, el *No* al Tratado Constitucional, elaborado con una orientación neoliberal y con sumisión a los Estados Unidos en el campo militar; en Francia, el exitoso rechazo al *contrato de primer empleo*; y en Puerto Rico, el abandono de la base naval de los Estados Unidos en Vieques, luego de una larga movilización popular. En el ámbito político, podemos mencionar la elección del primer presidente indígena en Bolivia, que tiene también un profundo sentido de victoria en términos de planes culturales, sociales y económicos.

En conclusión, podemos decir que ya está trazado el camino para pasar de la elaboración de una conciencia colectiva a la construcción de actores colectivos, y que esto anuncia el amanecer del nuevo sujeto histórico.